

MÚSICA / Discos

**Anibal Velásquez
y su Conjunto**
Mambo loco
Analog Africa /
Vampisoul



DEBE SER UNO de los secretos mejor guardados de la música de baile colombiana. Con sesenta años de actividad, el acordeonista Anibal Velásquez asegura haber grabado unos trescientos élpes, en una carrera desarrollada entre su país y Venezuela, con parada en infinidad de discográficas, algunas de creación propia. *Mambo loco* es su primera recopilación que circula internacionalmente, y resulta intrigante. Aunque la colección no tenga pretensiones panorámicas (solo contiene diez cortes), su librito cuenta las peripecias vitales del hombre de Barranquilla e incluye fotos que sitúan su propuesta: un animador al frente de músicos serios. Lo que aquí suena es cumbia vertiginosa, narraciones frecuentemente herederas del vallenato, todo sazonado por la guaracha, la guajira y el son cubano. Velásquez no alardea de virtuosismo, pero pequeños detalles en los arreglos revelan una cabeza pensante que concede grata libertad expresiva al piano. **Diego A. Manrique**

Dr. John
Locked down
Nonesuch



COMO LORETTA LYNN o Wanda Jackson para Jack White, Dr. John era para Dan Auerbach el ídolo al que producir un disco acorde con su mito. Y lo ha logrado en buena medida. El cantante y guitarrista de The Black Keys supo convencer a la leyenda de Nueva Orleans: se trataba de volver al sonido turbulento de sus primeros trabajos, con historias más personales en los textos y ecos de Ethio-jazz añadidos a aquel meunje de *rhythm & blues*, *voodoo funk* y psicodelia. En comandita con la banda, que incluye músicos de la escena *soul* y *afrobeat* de Brooklyn, Dr. John y su productor firman diez cortes nada acomodaticios. El protagonista se centra en el órgano Farfisa en vez de en el piano. Y su voz reptante entre ritmos peligrosos, metales flamígeros y el contrapunto de The McCrary Sisters. Las llamadas a la acción (*Revolution*) y el repaso a su vida en el filo solo amainan cuando abraza a sus hijos (*My children, my angels*) o en el número góspel final, desengrasantes frente al meollo de una obra adictiva. **Ramón Fernández Escobar**

Marcela Ferrari
Tangos propios II
RC



LA VOCALISTA ARGENTINA Marcela Ferrari lleva unos años, desde Madrid, dando forma a un repertorio de tangos propios (como indica el título de este segundo álbum) instalados en el clasicismo formal, pero apuntalados sobre textos que buscan el compromiso con la actualidad, tratando de que el género siga vivo y no alimentándose de los estándares. De ahí brota un repertorio que interpretado y arreglado con lo mínimo (voz, bandoneón y guitarra, esta última tocada por Osvi Grecco, coproductor del disco) nos traslada a los pequeños cafés-concierto, donde la canción y la interpretación lo son todo, sin nada que ocultar: voz y música desnuda, poco más. Ferrari, armada con su espléndida voz y sus composiciones plagadas de interrogantes vitales, logra convencer y atrapar con rapidez al oyente. Entre los colaboradores, Jorge Drexler y Martirio. **Juan Puchades**

Georges Delerue
Musiques de films
1961-1992
Universal Music



COINCIDIENDO CON SU desaparición, hace veinte años, se edita este recopilatorio que recoge algunas de las bandas sonoras compuestas por Georges Delerue (1924-1992) a lo largo de tres décadas. Colaborador temprano para la *nouvelle vague*, *Hiroshima mon amour* (Alain Resnais, 1959), *Jules et Jim* (François Truffaut, 1960) o la celebrada *Le Mépris*, a las ordenes de Jean-Luc Godard, con esa pieza ya canónica que es *Camille*, unida para siempre al cuerpo desnudo de Bardot y la voz de Michel Piccoli. Algunos de estos temas están incluidos en el disco antológico junto a otras piezas compuestas para directores como Philippe de Broca o Gerard Oury o la poderosa partitura de *Lo importante es amar*, de Andrzej Zulawski, fijada trágicamente en el rostro conmovido de Romy Schneider. Sus colaboraciones con Truffaut, el director con el que mantuvo una relación más intensa, son parte de la columna central del disco. El recopilatorio incluye algunas de las canciones escritas por Delerue y cantadas por Yves Montand, Georges Brassens o Brigitte Bardot y Jeanne Moreau (*Viva Maria*, de Louis Malle). **Carlos Gámez**

Indie entre todos los indies

El editor David Villanueva retoma su faceta musical con *Planeta mojado*, un disco-libro casi artesanal con ecos de Antonio Vega, textos de amigos e ilustraciones de lujo

Por Manuel Cuéllar

“UN TRABAJO indie entre todos los indies posibles”. Así define David Villanueva este disco-libro o libro-disco, según se mire, con el que no abandona su faceta editorial con Demipage, con la que ha construido a su medida el volumen que editan la Librería Cálamo y El Volcán Música, en el que definitivamente recupera su vertiente musical que dormía (aunque en la íntima actividad) desde su aventura con el dúo Alicia en las Ciudades. Abandonó la vertiente pública por voluntad propia y por una decepción profunda de los agentes que manejaban y manejan el cotarro musical en España. De aquellos tiempos no tan dorados quedan dos entregas, *Alicia en las ciudades* (Virgin, 1989) y *La Ventura* (Virgin, 1991).

A este regreso —presuntamente en solitario— lo ha llamado *Planeta mojado* y cuenta con tantos cómplices que más bien parecería un prisma con tantas caras que uno no sabría bien por dónde empezar a saborearlo. Pero con David Villanueva siempre hay que empezar por el principio: “Indie entre los indies porque ha costado casi nada de dinero y lo he grabado en el salón de mi casa”. Así de claro. Unas guitarras, un ordenador, unos micrófonos, un *protools* y un estudio casero incrustado en la habitación noble de su vivienda. (Salvo un par de temas: *Te fuiste de viaje* y *Carnaval*, grabados en los estudios Sonoland de Madrid).

Es decir, por donde hay que empezar *Planeta mojado* es por la música. Se perfila más, entonces, como un disco-libro, pues primero fueron las 14 canciones y luego vinieron los textos. Todas las lanzó a los oídos de amigos como Santiago Auserón, Fernando Aramburu, Sofía Rhei o Humbert Haddad, por poner algunos ejemplos, y a todos les pidió que eligieran el tema que más les conmoviera. Que se sentaran en soledad y escribieran un texto nacido de la música. Físicamente, acompañan a las letras de las canciones, y tan democrático fue el proceso que algunas resultaron merecedoras de la atención de hasta tres firmas distintas, y otras, proba-

blemente las más intrincadas y personales, se quedaron huérfanas, solo acompañadas por las bellas ilustraciones de Jean-François Martin, un dibujante capaz de encerrar un poema en una imagen.

Planeta mojado se escucha como un disco íntimo, cantado casi al oído del que escucha y en eso radica gran parte de su encanto. David Villanueva no esconde su



Ilustración de Jean-François Martin para el tema Deseo.

afinidad con Antonio Vega, del que fue vecino, compañero de colegio y finalmente amigo. Vega sobrevuela la voz y las líneas del planeta Villanueva pese a que él insista en que en este disco ha hecho un esfuerzo por “desveguizarse”. Ciertamente que apoyado en su forma casera de grabar, mezclar y masterizar, su voz y su forma de tocar persiguen en ocasiones lograr un retrato de los momentos más desnudos de Neil Young o Nick Drake. Basilio Martí, que formó parte de la banda de Antonio Vega, presta sus teclados en varios de los temas, y otros músicos “amigos”, como Ricardo Marín, también le acompañan. Pero el *Planeta mojado* de Villanueva, influencias aparte, se disfruta, como diría él mismo, “por puro placer”. •

CHAMPÁN Y ROCK EUROPEO / Krahe, con K de Kafka

Por Sabino Méndez

ENTRE TODOS los autores de este país, yo creo que hay acuerdo sobre quién es el hombre que hace las canciones más y mejor acabadas. Canciones capaces de incluir palabras como “geometría” o “alpinismo” sin que chirrien, transportando además siempre una paradoja, un juego mental de fondo. El hombre que concita ese consenso es indudablemente Javier Krahe. Sus canciones hablan siempre de una manera pequeña sobre los grandes temas. Los dos temas principales humanos, dejando aparte la muerte, son desde luego el sexo y las creencias, y en un país donde el español medio cree que el sexo seguro debe ser pillar cada noche, no es extraño que el sexo esté siempre ahí, para bien o para mal (para escasez piensan ellos y para exceso piensan ellas). Somos un país chapuza donde, si se quieren hacer juegos eróticos con un par de esposas (de acero, se entiende) hay que asegurarse siempre de tener el teléfono de un buen cerrajero a mano porque, en nuestro idioma, los nombres de las perversiones sexuales (teratofilia, necrofilia, coprofi-

lia) suenan un poco a filatelia, con lo cual, finalmente, siempre termina resultando que con un buen anonimato ya pasamos. Por tanto, cuando ese motivo cansa, Krahe pasa al otro que son las creencias y sus contradicciones: cosas (las unas y las otras) de las que los españoles andamos sobrados. Ahora, por tratar esto último, nos lo quieren llevar al juzgado. En 1977 rodó un cortometraje doméstico donde hacía bromas sobre la ingesta que aseguran hacer los católicos del cuerpo de Cristo. Para ilustrarlo, metía un crucifijo en una olla porque aún no habían llegado los tiempos de Ferran Adrià. Veintisiete años después, Canal+ le hizo una entrevista y pasó de fondo esas imágenes. A partir de ese momento y hasta la fecha, Krahe ha sufrido una persecución de querrelas recurrentes y compulsivas que le han llevado de juzgado en juzgado, de Colmenar a Majadahonda, hasta la Audiencia de Madrid. Le acusan de ofensa a los sentimientos religiosos y, a continuación, le piden que pague por ello ciento noventa y dos mil euros. Un frenético es un humano capaz

de crear en cada momento la información suficiente para mantener su delirio en tono enfebrecido. A ese frenesí punitivo contra Javier Krahe cabría recordarle que todas las creencias son respetables (a menos que inciten a la coerción o la violencia), pero no por ello dejan de ser creencias: algo intangible, en suma. Mientras que doscientos mil euros del ala son, por su parte, algo muy tangible que puede desequilibrar para siempre una economía doméstica cualquiera. Yo de lo divino no entiendo mucho. Digamos que sólo como poeta estoy acostumbrado a lo infinito. Pero recuerdo que hubo un tiempo en que se afirmaba que era el derecho divino quien otorgaba a los monarcas poder sobre otros hombres. A la vista del uso de ese poder que hacían la Pompadour o Pedro el Cruel, no quedó más remedio que revisar tal afirmación. Si el precio de introducir un crucifijo en una olla va a ser que penda sobre ti la amenaza de doscientos mil euros, no va a haber en este país artista u horno de inducción que pueda hacer su trabajo tranquilo. •